

han sido y no han sido, iluminaría con otro cariz estas opiniones. En primer lugar, nos haría reflexionar sobre la supuestas características novedosas de los grupos médicos actuales. Su locura consumista, su deseo de "parecerse a los ricos" y su arribismo, no son un fenómeno que sólo haya provocado el desprecio de las elites durante los últimos años, como se ha visto. Tampoco su carácter "acomodaticio" en lo político. Y menos aun la inexistencia de un discurso cultural o político digno específicamente a ellas. Ahora designadas como mayoritarias, parecen tan ausentes del debate sociológico, histórico y político como cuando eran consideradas una minoría de escasa relevancia.

Por lo tanto, no es aventurado afirmar que gran parte de esas "novedades" de los grupos medios actuales, así como sus "ambigüedades", nacen de la amplia laguna de conocimientos específicos en torno a su(s) identidad(es), tanto en su devenir histórico como en la actualidad. Lo que en verdad se ha manejado hacia los grupos medios, ha sido muchas veces un conjunto de supuestos sociales, políticos e ideológicos que se han validado como reales, porque (al parecer) no tendrían por qué ser de otra manera. Jorge Cash Molina, por ejemplo, afirma que los sectores medios, junto a la oficialidad progresista, apoyaron al general Ibáñez en su primer gobierno, para luego de su caída desligarse de ese proyecto autoritario y optar durante los años treinta "por la normalización democrática, para lo cual tendrían que librar una dura lucha política que culmina en 1938, apoyados una vez más por el movimiento popular"⁵⁶. Sin intención de refutar o refrendar esas afirmaciones, queda la duda de cuáles son los métodos y fundamentos que las sustentan.

Por ello, los grupos medios chilenos han generado, o ha sido generada para ellos, una teoría sobre su comportamiento y su identidad basada en apreciaciones, sensibilidades, comparaciones, y confusas definiciones por la negación: grupo medio es el que no es claramente popular ni proletario, y tampoco aristocrático o clásicamente burgués.

Pero así como no se aceptaría definir seriamente (o académicamente) a los pobres como "no-ricos", tampoco podemos definir a los grupos medios como "no-pobres" y "no-ricos". Por ello, la revisión de las esquinas, las casas paralelas, los patios aledaños o los dependientes de la Modernidad en que han nacido y medrado, es una de las tareas pendientes para los historiadores y cientistas sociales chilenos. En el mapa jerarquizado, barroco (por usar un término caro a Carpentier) y a la vez fluido de las sociedades modernizadas "a saltos y tirores" de América Latina, es necesario sacar a la clase media de su carácter de "término mágico", para dilucidar sus rasgos definitorios en términos de realidad.

⁵⁶ Jorge Cash Molina, *Bosquejo de una historia*. Santiago, Imprenta Pucará, 1986, p. 53.

CAPÍTULO III EL SUJETO POPULAR

1. CUESTIONES DE DEFINICIÓN Y CONCEPTO

¿"Ser" o "estar siendo"?: el Sujeto como categoría analítica

¿Quiénes son los protagonistas en el acto de la vida? ¿Quiénes son los que hacen la Historia? La modernidad respondió a estas preguntas señalando que éstos son los individuos que tienen conciencia de sí mismos, una conciencia que los lleva a tener la voluntad de influir sobre su "yo y su circunstancia", asegurando, por medio de sus actos, la protección y extensión de su libertad.

A quien actúa en este sentido se le considera un sujeto, un "actor social" e histórico que, al decir de Touraine, constituye la figura central de la modernidad¹.

Este actor social tiene la vocación de influir sobre su destino, de transformar la vida social en la cual está inserto. Es la antípoda de aquel que en la sociedad tradicional siguió, sin cuestionar, los mandatos divinos y que, en la sociedad actual, asume, ciegamente, los roles determinados por los centros de poder. Sobre el Sujeto social no caería el "peso de la noche".

Las ciencias sociales, en su afán de sistematizar, comenzaron analizando al sujeto social como una categoría fija y definible. Lo situaron dentro de la estructura socioeconómica, en torno a las relaciones sociales de producción. La inserción del sujeto en dicha estructura determinaba, a priori, sus intereses de "clase", de los cuales se derivaban los objetivos y estrategias que movilizaban la acción social.

Así entonces, el sujeto social obrero aparecía como una categoría perfectamente identificable, puesto que se podía decir cuántos eran, y en qué ramas productivas laboraban,

¹ Touraine, A. *Crítica a la modernidad*. FCE, México 1992.

determinar su grado de productividad, el tipo de organizaciones que los representaban y las ideologías que los convocaban. Si no obraban del modo en que era previsible que lo hicieran, se responsabilizaba de ello a fenómenos de "falsa conciencia".

La lógica estructural de este esquema no admitía cambios ni contradicciones. Para el marxismo clásico, el obrero era un "ser" destinado a hacer la revolución. Su identidad se definía en la clase obrera, homogénea y ontológicamente revolucionaria.

Pero al confrontar el paradigma con la realidad, las seguridades ofrecidas por la teoría no siempre operaron de acuerdo a lo esperado. El estudio histórico ha comprobado que los sujetos no "son", sino que "están siendo".

Bajo el prisma historicista, la identidad de los sujetos aparece definida en la acción, por eso es que "están siendo". Esta visión reconoce la dialéctica del accionar social que diversifica las experiencias, percepciones y modos de representación de la vida social, todo lo cual influye en la constitución de identidades y culturas heterogéneas.

El reconocimiento del carácter dinámico de los sujetos se ha fortalecido gracias a los aportes de historiadores como Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson. Sus estudios acerca de la formación de la clase obrera británica han demostrado que el marco cultural que condicionó a los jóvenes operarios, en cuanto a actitudes, formas de vida y organización, no se diferenciaron mayormente del que influyó sobre otros sectores populares (como los artesanos, jornaleros y campesinos) en los inicios de la Revolución Industrial.

¿En qué momento se produjo la transición hacia formas más "clásicas" de conducta dentro del Movimiento Obrero? ¿Ese modelo "clásico" se mantuvo fijo o evolucionó con el tiempo? Las respuestas inclinan a observar el proceso histórico como algo fluido. En tal caso, las categorías que tradicionalmente se han utilizado no dan cuenta de la transitoriedad o el carácter dinámico del sujeto social.

En conclusión, la lógica histórica hace confluir pasado, presente y futuro en un mismo sujeto, éste es lo que es, lo que ha sido y lo que proyecta ser. Su accionar social se desarrolla bajo los signos de la permanencia y el cambio.

Lo anterior no significa prescindir del enfoque estructural para caracterizar a los sujetos sociales (quiénes son y hacia dónde orientan sus acciones), ya que éste devela las condiciones "objetivas" en las cuales los individuos se desenvuelven, condiciones que emanan de su emplazamiento en la estructura socioeconómica.

Pero ese enfoque debiera ser complementado con un análisis histórico que dé cuenta del mundo cultural que incide sobre los sujetos y que, a su vez, es incidido por éstos. Es en este espacio donde se plantea la pregunta fundamental en el proceso constitutivo de los sujetos: ¿quiénes somos nosotros?

² A este respecto ver los estudios de Campero, Ruiz Tagle que se citarán más adelante.

³ Cfr. Romero, L. "Los sectores urbano-populares como sujeto histórico" en *Proposiciones* n° 19, Sur, 1990, p. 271. Cfr. también su compilación de artículos: *¿Qué hacer con los pobres?* Ed. Sudamericana. Bs. Aires 1997.

Los obreros se plantearon esta pregunta, pero otros miembros de los llamados sectores populares también lo hicieron. Para Gabriel Salazar, ellos pudieron no haber levantado discursos ni organizaciones estables, pero de su experiencia cotidiana y de sus aspiraciones como personas nació una conciencia, una identidad y un proyecto histórico que, aunque tal vez confuso, siempre ha estado latente en el mundo popular. Las palabras y los sueños de los pobres representan ese proyecto en los términos de una "sociedad mejor", mejor en cuanto a los valores que sustenta (sencillez, autenticidad, hospitalidad, camaradería, comunidad, esfuerzo, y, sobre todo, solidaridad) y que por su contenido humano son lo opuesto al individualismo y la desintegración social promovidos por la modernidad liberal⁴.

Presencia histórica y desafío conceptual: el sujeto popular

¿Puede considerarse a los pobres como un actor protagónico en la trama histórica de la nación? Si apelamos a nuestra "patristica historiográfica", la pregunta estaría de más. ¿Cómo considerar sujeto a quien no era un héroe ni tampoco formaba parte del "pueblo sano" de la Nación, que sabía por donde conducir al país?

Mirados desde la óptica de los grupos dirigentes, los pobres no podían "ser históricos" ya que eran una masa sometida a incapacidades que Portales metaforizó en un concepto numerosas veces recordado en estas páginas: "el peso de la noche".

Podrá argumentarse que hacia fines del siglo XIX parte de ese pueblo mostró evidentes signos de descontento, se movilizó y exigió reformas e, incluso, la revolución. La salida teórica a este "impasse" estuvo dada por la adscripción de la historiografía conservadora a criterios nomotéticos, vale decir, a totalidades, a un sistema de ideas generales y estáticas.

Dichas "generalidades" se articularon en torno al paradigma portaliano que habría instalado en el país las ideas de patria, orden, progreso económico, autoritarismo presidencialista, servicio público, estabilidad monetaria, apertura comercial externa. Para que un individuo pudiese ser considerado un actor social e histórico, debía profesar estas ideas; de lo contrario, su historicidad no le era reconocida⁵.

Fue así como quedó sin dignificación historiográfica y/o deslegitimada (teórica y axiológicamente) toda acción que no se desarrollara a nivel de "sistema" y, peor aún, que actuara en contra de éste. Tal es el caso de los motines y huelgas, y de aquellos movimientos políticos que se desarrollaron bajo el signo anarquista o marxista.

⁴ Cfr. Salazar, G. *Violencia política popular en las grandes ciudades*. Ed. SUR, Santiago, 1990, p. 394.

⁵ Una elaboración más acabada de estas ideas es Salazar, G. "Chile historia y bajo pueblo" en *Proposiciones* n° 15. Edic. Sur, Sigo. 1990. Ver también: *Violencia Política en las grandes ciudades*, op. cit.

Se consideró que quienes actuaban contra el sistema eran "masas" que socavaban la "instruccionalidad y estabilidad nacional". Por ello recibieron el apelativo de "bárbaros", "fieras", "anticipatriotas", "humanoides". Entre la descalificación conceptual y la represión física se formó una tenue frontera que ha sido reiteradamente traspasada.

El funcionalismo sociológico de los sesenta también contribuyó a negarle historicidad al "bajo pueblo", desde el momento en que acentuó el componente racional e integrativo para otorgarle a un individuo la categoría de sujeto.

Se entendía que frente a un conflicto, los sujetos debían evitar caer en conductas "anómicas", que atentarán contra la necesaria cohesión social. Por ello es que, junto con movilizarse y levantar discurso, debían presentar propuestas que abrieran el camino a la negociación y solución "racional" del conflicto. Sujeto social popular podía ser el obrero organizado, pero no el "roto alzado".

Sin embargo, considerar a los obreros como los únicos representantes del "mundo popular" susceptibles de ser considerados sujetos históricos, resultaba extremadamente parcial. Conformaban una parte mínima de ese "mundo popular", y durante la crisis de los años setenta y ochenta de este siglo no asumieron un rol protagónico en la reconstrucción del movimiento social. Estaban demasiado golpeados para ello.

Quiénes sí asumieron ese rol fueron las organizaciones que nacieron en la base, al interior de los denominados sectores populares. Los movimientos en pro de la subsistencia en las poblaciones, o de defensa de los derechos humanos, crearon un acervo de experiencias que dio vida a una conciencia identitaria y a organizaciones locales que desplegaron un proyecto de autonomía social.

Era evidente que quienes conformaban esos movimientos no eran "entes pasivos". Para las ciencias sociales, la actividad que ellos desarrollaban justificaba otorgarles la categoría de "actor social". El concepto sujeto popular obtenía así su carta de ciudadanía.

La aseveración de que en los sectores populares se constituyen sujetos sociales planteó nuevos desafíos conceptuales. Las seguridades epistemológicas del pasado ya no servían. El sujeto popular no tiene una identidad fija, sino que constantemente está reformulándose, a partir de la experiencia acumulada en la base, pero también de las percepciones que la elite tiene de ellos y de las funciones que el Estado, la Iglesia y, más contemporáneamente, los medios de comunicación social les han asignado.

En síntesis, las ciencias sociales, al adoptar la categoría 'sujeto popular', han debido reconocer lo complejo y "huidizo" del concepto, ya que éste abarca un espectro amplio de personas y de culturas que se deservuelven en ámbitos diversos, que pueden ir desde un sindicato hasta la cantina o el garito.

Pero por muy heterogéneas que sean esas experiencias, hay elementos que les son comunes y que han tendido a unificar a esos sectores en torno a determinadas demandas

y proyectos, cuya expresión ha constituido el eje central en torno al cual se desarrollaron y desarrollan los movimientos social-populares.

Entre "moverse" en la historia y "mover" la Historia: el concepto de "movimiento social-popular"

En las décadas de 1960 y 1970 América Latina experimentó una "explosión" de sus bases sociales, las que se movilizaron por diversos motivos. Por ejemplo, al amparo de la Iglesia "progresista" nacieron las comunidades eclesiales de base, cuya lectura "activa" del Evangelio animó la resistencia contra las dictaduras militares.

En los años 80, los universitarios de Ciudad de México abortaban un proyecto de reforma que les perjudicaba, mientras que en Buenos Aires, las madres de la Plaza de Mayo desafiaban la "guerra sucia". Simultáneamente, en la periferia de Santiago, Lima o Sao Paulo, otras madres se organizaban para "capear" la crisis económica, levantando ollas comunes y organizando campañas contra la carestía.

Todas estas movilizaciones tenían algunos rasgos en común: surgían de necesidades colectivas bien concretas; no se movían fundamentalmente a partir de los liderazgos tradicionales (sindicales o partidistas); tampoco respondían necesariamente a referentes clasistas; las organizaciones con las cuales se identificaban no eran muy estructuradas ni jerárquicas.

Los sociólogos se refirieron a ellas utilizando el término **movimiento social**. El concepto se había estrenado a raíz de las protestas estudiantiles de París el año 68, cuyas características remecieron el marco teórico y conceptual de las ciencias sociales. Lo que ocurría en América Latina no hizo sino confirmar la necesidad de utilizar nuevas categorías para comprender la realidad social y a sus actores emergentes.

Se reconoció en los sectores populares un espacio donde se constituían sujetos sociales, con demandas, objetivos, organizaciones y una identidad propia que daban vida a los **movimientos social-populares**.

El concepto alude a "movimiento", "acción", "actividad", supone que los actores históricos (en este caso, los sujetos populares) se movilizan con el objeto de transformar una realidad considerada adversa o, por lo menos, problemática.

La definición de las adversidades y las formas (estrategias) de enfrentarlas, responde a la experiencia particular de los sujetos en cada uno de los ámbitos donde estos se constituyen, ámbitos en los que, como lo señalamos en el último apartado, se originan culturas e identidades diversas, heterogéneas y en constante reformulación.

Pero lo anterior no invalida la posibilidad de entender "lo popular" y reconocer la existencia de movimientos social-populares, a partir de la constatación de experiencias

macro que afectan por igual al sujeto "pueblo" y que se insertan dentro de tendencias de "largo aliento" (históricas), que han cohesionado las percepciones y acciones de los sujetos populares.

Una de esas experiencias macro es la pobreza. Los sujetos populares son pobres, el pueblo es pobre. Dicha condición le ha otorgado a nuestra historia social un elemento de continuidad, una vivencia de "larga duración", que ha orientado las movilizaciones populares hacia un norte bien definido: encarar las privaciones y, en la medida de lo posible, superarlas.

Otra vivencia de "largo aliento" ha sido la **dominación**. Las formas de subordinación dentro del mundo popular han adoptado diversas expresiones, desde aquellas que, producto de un bajo salario, restringen la posibilidad de los individuos de orientar su vida en el sentido que mejor les parezca, hasta la explotación más abierta y brutal.

La dominación viola la condición innata de todo sujeto, la búsqueda de su autonomía. Producto de ello, el movimiento social popular reacciona, luchando en contra de la subordinación, resistiéndola de diversas maneras, algunas visibles y otras no tanto. La afirmación de que en los sectores populares también se genera movimiento social provoca una serie de interrogantes: ¿cuál ha sido el grado de conciencia de los sujetos populares al encarar o resistir la pobreza y la subordinación? ¿Las estrategias utilizadas han buscado solucionar el problema inmediato o responden a proyectos históricos, enraizados en la base social? Las respuestas a estas interrogantes han abierto un debate que ha permitido observar con otros prismas el desarrollo histórico social de la Nación.

La historiadora María Angélica Illanes considera que las movilizaciones populares se han desplegado en torno a un proyecto de largo plazo, antítesis del proyecto oligárquico de exclusión y repliegue de la cultura popular a los márgenes del sistema de poder⁶.

Como tal situación no habría sido aceptada, el pueblo habría levantado un proyecto de modernidad popular a través del cual ha buscado sobreponerse, activa y prácticamente, a las tendencias marginadoras de la élite. Así entonces, la historia social de Chile se habría desarrollado sobre el juego dialéctico entre las fuerzas de exclusión (élite) y las de desmarginación (sujeto pueblo).

En esta misma línea, Gabriel Salazar ha hecho provocativos aportes al señalar que en las "etapas formativas" del bajo pueblo, se evidenciaría la existencia de un proyecto histórico de acumulación productivista, desplegado en los márgenes del sistema, llevado a cabo por "empresarios populares" y legitimado éticamente por su carácter solidario y humanitario⁷.

Sin embargo, las aspiraciones del bajo pueblo fueron abortadas por el patriarado

mercantil-terrateniente. La frustración por no concretar su proyecto de autonomía habría llevado al bajo pueblo a expresarse bajo fórmulas "explosivas". Allí estaría el origen de la rebeldía peonal del siglo XIX, y de los "revenones sociales" del XX.

En un matiz algo distinto se sitúa el trabajo de Julio Pinto. Sus estudios acerca de la violencia peonal le hacen pensar que la movilización popular en el norte minero no sería el fruto de un proyecto frustrado de **empresarialidad popular**, sino que la consecuencia de la ruptura de vínculos sociales tradicionales y la resistencia a un nueva relación laboral, estrictamente disciplinada⁸.

Pese a las diferencias, todas estas consideraciones tienen elementos en común. Dan cuenta de un mundo que no se integró al orden diseñado por la élite. Por el contrario, creó su propio espacio de libertad, paralelo a las concepciones de libertad formuladas en sentido institucional. En ese espacio de "libertad popular" surgió una suerte de sociedad civil que, desde fuera de las estructuras de poder, deslegitimó y resistió sus controles y coerciones.

El que a través de la historia se hayan desplegado dos concepciones distintas y antagónicas de libertad, demostraría, a juicio de Alfredo Jocelyn-Holt, que nunca ha existido un verdadero orden en el país. Hubo simulacros de orden, un "orden en forma" pero no un orden legitimado, del cual emanaran normas aceptadas libremente por su conveniencia y racionalidad⁹.

Siguiendo esta última línea argumental, el **desorden** y la violencia son parte de nuestra historia, aunque la historiografía tradicional no lo quiera reconocer. El desorden es la otra cara del orden, ha estado siempre presente, latente, a punto de estallar. No es privativo de los sectores populares, es democrático, transversal; los jóvenes "patricios" del 91 desplegaron tanta violencia contra los balmacedistas, como los jóvenes "populares" que asolaron Santiago en los motines de 1905.

Portales lo percibió claramente: para él, el orden no descansaba en el aparato legal-institucional, sino en la tradicional inercia de la "masa popular".

Los aportes historiográficos recientes han rescatado de esa "masa popular" al sujeto, asignándole un protagonismo histórico, reivindicando su historicidad y reconociendo su capacidad para tomar conciencia de las condiciones adversas a las que históricamente ha estado sometido (pobreza, subordinación, exclusión), en virtud de las cuales se habría movlizado. A partir de allí, también se reconoce la capacidad popular para concebir y luchar en función de proyectos propios, alternativos al orden que se le ha pretendido imponer.

A diferencia de esta visión, las movilizaciones populares han sido tradicionalmente

⁶ Illanes, M. "Marginalización y desmarginación en el movimiento popular". *Proposiciones* n° 24. Edic. SUR, Santiago 1994.

⁷ Salazar, G. *Labradores, peones y proletarios*. Edic. SUR, Santiago 1985.

⁸ Pinto, J. "Rebeldes pampinos: los rostros de la violencia popular en las oficinas salitreras 1870-1900", en *Trabajos y rebeliones en la pampa salitrera*, Editorial Universidad de Santiago, 1997.

⁹ Jocelyn Holt, A. *El Peso de la Noche, nuestra frágil tradición histórica*. Ed. Ariel, Bs. Aires, 1997, p. 193 y ss.

explicadas como el producto de "agentes externos" que penetraron en la masa, desquiciándola. No serían, por tanto, el fruto de acciones impulsadas y protagonizadas por los mismos pobres.

A principios de siglo, la visión conservadora católica de un Juan Enrique Concha interpretó las movilizaciones populares desde un punto de vista moral. El pueblo era una masa abandonada a su suerte por la elite. Producto de ello, se había desbandado, siguiendo consignas ajenas a su naturaleza sumisa.¹⁰

Concha propuso a la elite retomar las conductas compasivas y paternalistas de antaño para reconstruir el "viejo orden" de patrones e inquilinos. En la perspectiva conservadora, el que ese orden no se haya reimpuesto marcó con un signo trágico la historia de Chile durante el siglo XX. La ruptura de los consensos tradicionales trajo consigo la decadencia. La consolidación de una democracia de masas dejó al país sometido a los arbitrios y caprichos del pueblo, o, peor aún, de los demagogos que periódicamente lograban captar su adhesión, lo que redunda en desequilibrio y descontrol. La acción "salvífica" de los militares en 1973 vino a poner fin a los excesos.¹¹

La sociología funcionalista también ha contribuido, teóricamente, a restarle historicidad al bajo pueblo. Lo ha considerado como una masa "en disposición", movilizada por líderes populistas que estaban al servicio de las clases medias y la burguesía que buscaban desbancar a la oligarquía e imponer la industrialización. No hay autonomía ni historicidad en individuos que actuaron motivados más por la pasión que por la razón, y que, ciegamente, siguieron los dictados de un líder (percibido como un padre) que ofrecía limar las asperezas del proceso modernizador.¹²

La tesis de marginalidad de los años sesenta (fundamento ideológico del programa de promoción popular democrática cristiano), también sustentó una visión pasiva de los sujetos populares. Asoció la pasividad de los pobladores a su supuesto origen rural y a conductas conservadoras y tradicionales, propias de la cultura campesina.¹³ Vieron a esta parte del pueblo como una "masa" que debía ser integrada a los planes nacionales de desarrollo diseñados desde la cúpula estatal. Dichos planes se llevaron a cabo con espíritu paternal y cálculo político. El éxito de esta iniciativa otorgaría proyección al partido de gobierno.

Incluso algunas expresiones de la izquierda comunista, paradójicamente, le han restado protagonismo a la base social, sobre todo campesina o pobladora. Tradicionalmente

han descalificado sus demandas económicas, taciéndolas de pequeño-burguesas. En la perspectiva marxista, la línea "correcta" la imponía el partido y no la organización de base. Sujeto histórico era quien luchaba por los objetivos políticos e ideológicos emanados de la cúpula partidista.¹⁴

Así, las tesis que han reconocido la historicidad plena de los sujetos populares son bastante recientes. Ello ha implicado reenfocar nuestra historia social, poniendo en entredicho algunas tesis clásicas que encasillaban las conductas de los sujetos históricos en esquemas que ahora aparecen estrechos. Aunque ello no sea fácil de demostrar desde el exclusivo ámbito de las ciencias sociales, podría incluso aventurarse que este enfoque reproduce con mayor fidelidad las percepciones que los propios sujetos populares tuvieron de sí mismos y de la sociedad que los rodeaba.

A este respecto, no está de más recordar que, a diferencia de otros actores sociales analizados en estas páginas, el mundo popular no ha dejado muchos testimonios directos, al menos en el plano del discurso, sobre sus verdaderas percepciones y auto-percepciones. Hasta bien entrado el siglo XX, todo lo que sabemos sobre los sujetos populares emana de opiniones de terceros, a menudo descalificatorias u hostiles; de transcripciones, también hechas por terceros, de testimonios populares emitidos bajo condiciones no exentas de presión o temor (como las declaraciones judiciales); y de actos o costumbres suyas igualmente descritas por testigos no populares. Sólo podrían escapar a estos efectos distorsionantes ciertas expresiones culturales, como la poesía, la música o la religiosidad popular; que por su propia naturaleza han llegado hasta nosotros en estado más "puro", pero que en Chile recién comienzan a estudiarse, sobre todo desde la antropología o los estudios literarios.

Por tal motivo, la recuperación de los actores populares por parte de la historia social se hace más difícil que en el caso de otras clases sociales, salvo para periodos más recientes en que sí disponemos de testimonios directos o incluso, a través de métodos de recopilación oral, de la posibilidad de entrevistarlos en persona. Como se podrá apreciar a través de las páginas que siguen, esta limitante lleva a que para los periodos más distantes a menudo resulte difícil separar rígidamente los "hechos mismos" (por lo demás una categoría bastante discutible en cualquier disciplina, sobre todo del ámbito social), de las reconstrucciones que de ellos han realizado los historiadores sociales. Por la mayor distancia que existe respecto del sujeto, la intermediación del analista se hace en este caso mucho más evidente.

Con todo, en un marco de análisis científico donde la "objetividad pura" resulta cada vez más relativa, y donde los objetivos de conocimiento "duros" tienden a perder

¹⁴ "Metodos de lucha de los comunistas en el frente poblacional". Seminario sobre la vivencia organizado por el Partido Comunista. Santiago 1969. Mimeo.

¹⁰ Concha, J. E. *Questões obreras*. Imp. Barcelona, Sigo. 1895 y *Conferencias sobre economia social*. Imp. Chile, Sigo. 1918.

¹¹ Góngora, M. *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile, siglos XIX y XX*. Edic. La Ciudad, Santiago 1981. Vial Correa, G. "Decadencia, consensos y unidad nacional en 1973", sin datos de edición.

¹² Di Tella, T. "Populismo y reformismo" en Octavio Ianni (ed.) *Populismo y controrrevoluciones de base en América Latina*. Serie popular Era, México 1973.

¹³ Cfr. Vekemans, R. "Marginalidad y promoción popular", en *Revista Mensaje* n° 149, 1956.

parte de su atractivo, no cabe duda que la historia social ha realizado un aporte significativo a un mayor conocimiento de los sujetos populares, sobre todo porque sus pretensiones nunca fueron explicar cómo debieran comportarse los individuos, sino cómo éstos se han comportado de hecho. Las conclusiones que de ahí se extraigan enriquecen el debate y ayudan a reforzar la idea de que nuestra parcela del conocimiento trabaja con seres humanos, cuyas posibilidades de acción y reflexión son tan variadas como impredecibles.

2.- Campesinos, peones y artesanos: el pueblo "Tradicional"

Campesinos

Un mundo de vagabundos y labradores

En la actualidad, el 17% de los chilenos habita en áreas rurales. La cifra no guarda relación con el Chile del siglo XIX, ni menos aún con el de la Colonia, cuando el peso de la economía agrícola y ganadera era gravitante y la población del país era mayoritariamente campesina.

¿Quiénes formaban ese gran contingente de población rural? ¿Cuál era su origen? ¿Dónde se asentaron?

En la Colonia nacieron las haciendas y con ellas surgió la necesidad de los patronos de cortar con trabajadores permanentes al interior de sus propiedades, los cuales suplirían la falta de los indios de encomienda y de esclavos. Este proceso se dio en forma simultánea al interés de los colonos por radicarse por su cuenta, y se verificó por opción y/o coacción.

Los patronos comenzaron reclutando trabajadores de confianza que luego formarían su "estado mayor" de empleados y sirvientes. Paralelo a este proceso, los hacendados permitieron a sus parientes pobres, vástagos y hombres de confianza arrancharse en las márgenes del fundo para tener dónde y de qué vivir. Según Mario Góngora, éste sería el origen de los inquilinos¹⁶.

Gabriel Salazar no comparte la tesis de Góngora. Según este autor, el inquilinaje se asocia al "boom cerealero" de fines del siglo XVII que llevó a los patronos a establecer contratos con colonos pobres que tenían familia y deseaban arrendar tierras para producir el trigo que luego era comercializado por sus "socios", los hacendados.

Los labradores-arrendatarios ocuparon un lugar intermedio entre el campesinado independiente (que obtenía de las autoridades una merced de sitio donde levantaba una

"chacra", cuya producción se dirigía a las ciudades) y el peonaje residente, integrado por jóvenes sin familia, con un mínimo de independencia y de espíritu empresarial, que se arranchaba en las márgenes del fundo ofreciendo su trabajo a cambio de regalías.

Para Salazar, esta última vía de campesinización era la más rechazada puesto que atentaba contra el espíritu de autonomía y "empresarialidad" del bajo pueblo, desarrollado tanto por los labradores independientes como por los semi-independientes. Sin embargo, a partir del aumento en el valor de la tierra, los dueños de fundo (el patriciado terrateniente-mercantil) presionaron a los pequeños agricultores a fin de terminar con su autonomía e integrarlos a sus haciendas como mano de obra barata.

Así fue como el proyecto de empresarialidad "popular-rural" terminó abortado. El inquilino debió aceptar el orden impuesto por los patronos a fin de evitar la expulsión, quedando casi en igualdad de condiciones con respecto al "peón estable", aunque con una carga de frustración mayor¹⁷.

Hay autores que sostienen que, aun bajo estas condiciones, el "sueño" de la autonomía no se habría perdido de todo. Si el "orden hacendal" duró tanto tiempo no fue por la simple y pura imposición de los "señores", quienes aceptaban la subordinación pensaban que, a largo plazo, y a falta de otras opciones, algún beneficio podrían obtener de ella: un cierto nivel de estabilidad, tal vez incluso la perspectiva de poder autonomizarse al final de una vida de trabajo.

La "pax rural": el orden hacendal y la búsqueda de libertad "en la medida de lo posible"

Uno de los elementos que más llama la atención al estudiar los sectores rurales, es lo tarde que se manifestó en ellos la "cuestión social". Se ha señalado que en esto influyó el espíritu pasivo de los inquilinos, sobre los cuales recayó el peso de un orden opresivo que dispersó toda posibilidad de revuelta. Estas serían las bases que sustentaron la "pax rural".

José Bengoa ha puesto en entredicho esta visión. Para él, el inquilinaje fue un sistema de control social que contemplaba mecanismos de ascenso social, el cual se iniciaba con la "solicitud de puebla" y podía terminar con la compra de un terreno, después de haber vencido los animales. Si los inquilinos aceptaron la servidumbre y el sacrificio fue con la esperanza de obtener, a futuro, un premio a toda una vida de esfuerzos. Esto es lo que habría detrás de la subordinación ascética, según Bengoa un elemento central, aunque no dominante, en la cultura popular chilena¹⁸.

¹⁶ Salazar, G. *Labradores, peones y propietarios*. Ed. SUR, Santiago 1985.

¹⁷ Bengoa, J. *El poder y la subordinación*. Ed. SUR, Santiago, 1988; "Las casas de Quilpué" en *Proposiciones* n° 19. Ed. SUR, Santiago 1990.

¹⁸ Góngora, M. *Origen de los inquilinos de Chile central*. Santiago, 1960.